

El hombre de hojalata

Sarah Winman

Traducción de Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent



El hombre de hojalata

Sarah Winman

Traducción de Bruno Álvarez Herrero y José
Montserrat Vicent



Primera edición: noviembre de 2019

TIN MAN © 2017 by Sarah Winman

First published in English by Tinder Press (Headline Publishing Group)
in 2017

© de la traducción: Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.

Publicado por Dos Bigotes, A.C.

www.dosbigotes.es

info@dosbigotes.es

ISBN: 978-84-120283-7-9

eISBN: 978-84-121091-1-5

Depósito legal: M-33857-2019

Impreso por Ulzama

www.ulzama.com

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por
ACE Traductores.

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta
obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito
de la editorial.

Impreso en España — Printed in Spain

Para Robert Caskie y para Patsy

*«Ya noto que me ha venido bien ir al sur,
para poder ver mejor el norte».*
Vincent van Gogh en una carta
a su hermano Theo, mayo de 1890.

Inhalt

1950

Ellis
1996

Michael
Noviembre de 1989
Junio, 1990, Francia
Noviembre, 1990
Oxford

Ellis
Junio, 1996, Francia
Agradecimientos
TÍTULOS DE DOS BIGOTES

1950

Lo único que Dora Judd dijo sobre aquella noche, tres semanas antes de Navidad, fue que ganó el cuadro en una rifa.

Recordaba estar fuera, en el jardín de atrás, mientras las luces de la fábrica de automóviles de Cowley atravesaban el cielo vespertino, fumándose su último cigarrillo, pensando que debía haber algo más en la vida.

Al volver adentro, su marido le dijo, *Date prisa, joder*, y ella le dijo, *Cálmate, Len*, y empezó a desatarse la bata mientras subía al piso de arriba. En el dormitorio, se miró de perfil en el espejo, sintiendo con las manos el progreso de su embarazo, esa nueva vida que sabía que sería un niño.

Se sentó en el tocador y apoyó la barbilla en las manos. Le pareció que tenía los ojos cansados, la piel seca. Se pintó los labios de rojo y el color le mejoró de inmediato el rostro. A su ánimo no le ayudó demasiado, sin embargo.

En cuanto entró por la puerta del centro cívico, supo que ir había sido un error. El humo inundaba la sala y los alegres consumidores se abrían paso a empujones, intentando llegar a la barra. Dora siguió a su marido a través de la multitud y de las bocanadas esporádicas de perfume, fijador y cerveza.

No le apetecía lo más mínimo socializar con él, teniendo en cuenta cómo se comportaba con sus amigos, mirando constantemente a cada chica guapa que pasara, asegurándose de que Dora le estuviera viendo. Se quedó a un lado,

con un vaso de zumo de naranja caliente en la mano que le estaba empezando a revolver el estómago. Gracias a Dios, la señora Powys fue directa hacia ella, sujetando un talonario para rifas.

El premio más importante es una botella de *whisky* escocés, dijo la señora Powys, mientras se llevaba a Dora a la mesa donde estaban expuestos los premios. Después tenemos una radio, un vale para un corte de pelo en Peinados Audrey, una caja de bombones Quality Street, una petaca de peltre y, por último —y se inclinó hacia ella para revelar-le esta información confidencial—, una pintura al óleo de tamaño mediano y de muy poco valor. Aunque es una réplica muy buena de una obra de arte europea, añadió con un guiño.

Dora había visto la obra original en una excursión escolar a Londres, en la National Gallery. Por aquel entonces tenía quince años y cargaba con las contradicciones propias de esa edad. Pero cuando entró en la sala, los postigos que le protegían el corazón de las tormentas se abrieron y supo al instante que aquella era la vida que quería: libertad, posibilidad, *belleza*.

Recordaba que en la sala había otros cuadros —*La silla* de Van Gogh y *Un baño en Asnières* de Seurat— pero fue como si ese cuadro en particular la hubiera hechizado, y lo que la cautivó entonces, y la atrajo hacia los confines sin escapatoria de su marco, era exactamente lo mismo que la seducía ahora.

¿Señora Judd?, dijo la señora Powys.

¿Señora Judd?, repitió. ¿Puedo ofrecerle una papeleta?

¿Qué?

Una papeleta, para la rifa.

Ah, sí. Por supuesto.

Las luces parpadearon y un hombre dio unos golpecitos en un vaso con una cuchara. La sala guardó silencio mientras la

señora Powys montaba un espectáculo al introducir la mano en la caja de cartón y sacar la primera papeleta ganadora. Número diecisiete, dijo con grandilocuencia.

Dora estaba demasiado distraída por la sensación de náuseas como para oír a la señora Powys, y no se dio cuenta de que había ganado hasta que la señora de al lado le dijo, ¡Eres tú!, y le dio un codazo. Dora sostuvo la papeleta en alto y dijo, ¡Yo tengo el diecisiete!, y la señora Powys gritó, ¡Es la señora Judd! ¡La señora Judd es nuestra primera ganadora!, y la condujo hasta la mesa para escoger su premio.

Leonard le gritó que eligiese el *whisky*.

¿Señora Judd?, dijo la señora Powys, en voz baja.

Pero Dora no dijo nada, solo observaba la mesa.

Coge el *whisky*, gritó Leonard de nuevo. ¡El *whisky*!

Y poco a poco, al unísono, las voces de los hombres empezaron a corear, ¡*Whisky*! ¡*Whisky*! ¡*Whisky*!

¿Señora Judd?, dijo la señora Powys. ¿Escogerá usted el *whisky*?

Y Dora se giró hacia su marido y dijo, No, no me gusta el *whisky*. Elijo el cuadro.

Fue su primer acto de rebeldía. Como cortarse una oreja. Y lo había hecho en público.

Len y ella se marcharon poco después. Se sentaron en asientos separados en el autobús de camino a casa, ella arriba, él abajo. Cuando se bajaron, él tomó la delantera y ella disminuyó el paso, dejándose llevar por la paz de esa noche de astros alineados.

La puerta de entrada estaba entornada cuando llegó y la casa estaba a oscuras. Del piso de arriba no provenía sonido alguno. Entró en el cuarto del fondo y encendió la luz. Era una habitación sosa y apagada, amueblada con un suelo: el de Len. Junto a la chimenea había dos sillones, y una gran mesa de comedor que había presenciado pocas conversaciones a lo largo de los años obstruía el paso a la cocina. En las paredes marrones no había más que un espejo, y

Dora sabía que lo apropiado habría sido colgar el cuadro de forma que el armario lo ocultara, donde Len no lo viera, pero no pudo evitarlo, aquella noche no. Y sabía que, si no lo hacía en ese momento, no lo haría nunca. Fue a la cocina y abrió la caja de herramientas de su marido. Sacó un martillo y un clavo y volvió a la pared. Unos golpes suaves, y el clavo se introdujo con facilidad en el yeso.

Dio unos pasos atrás. El cuadro llamaba tanto la atención como una ventana recién instalada, pero una que daba a una vida de color e imaginación, lejos del amanecer gris de la fábrica y con un fuerte contraste con las cortinas y la alfombra marrones, ambas escogidas por un hombre para ocultar la suciedad.

Sería como si el mismo sol saliera todas las mañanas por esa pared, bañando el silencio de sus comidas con la emoción cambiante de la luz.

La puerta se abrió con tanta brusquedad que estuvo a punto de salirse de las bisagras. Leonard Judd intentó abalanzarse sobre el cuadro, y Dora, moviéndose más rápido que en toda su vida, se colocó entre ambos, levantó el martillo y dijo, Hazlo y te mato. Si no ahora, cuando estés dormido. Este cuadro soy yo. No lo tocarás, lo respetarás. A partir de esta noche, duermo en la habitación de invitados. Y mañana te compras otro martillo.

Todo por un cuadro de unos girasoles.

Ellis

1996

En el dormitorio que da a la calle, entre los libros, hay una fotografía a color de tres personas: una mujer y dos hombres. Están en primer plano, rodeándose con los brazos. El mundo tras ellos está desenfocado, y el mundo a cada lado, excluido. Parecen felices, felices de verdad. No solo por sus sonrisas, sino por algo que hay en su mirada, una calma, una alegría, algo que comparten. La foto es de primavera o verano; se nota por la ropa que llevan (camisetas, colores pálidos, esa clase de detalles) y, por supuesto, por la luz.

Uno de los hombres de la fotografía, el de en medio, con el pelo oscuro y desaliñado y la mirada amable, duerme en esa habitación. Se llama Ellis. Ellis Judd. La fotografía, entre los libros, casi ni se ve, a no ser que sepas dónde buscarla, y, puesto que Ellis no tiene ya ningún deseo de leer, casi nunca siente el impulso de acercarse a la fotografía, cogerla y recordar aquel día de primavera o de verano.

La alarma sonó a las cinco de la tarde, como siempre. Ellis abrió los ojos y se giró por instinto hacia la almohada que tenía a su lado. Por la ventana se veía que comenzaba a anochecer. Aún era febrero, el mes más corto que parecía no terminar nunca. Se levantó y apagó la alarma. Salió de la habitación, entró en el cuarto de baño y se detuvo frente al inodoro. Se apoyó contra la pared con una mano y empezó a vaciar la vejiga. Ya no necesitaba apoyarse contra la pa-

red, pero aquel era el acto inconsciente de un hombre que había necesitado ayuda en el pasado. Abrió el grifo de la ducha y esperó a que el agua comenzara a humear.

Una vez duchado y vestido, bajó las escaleras y comprobó la hora. El reloj iba una hora por delante porque se había olvidado de atrasarlo el octubre anterior. Pero sabía que en un mes habría que adelantar la hora de nuevo y el problema se arreglaría solo. Sonó el teléfono, como siempre, y él contestó, Carol. Sí, estoy bien. Vale. Tú también.

Encendió el fuego de la cocina y coció dos huevos. Los huevos le gustaban. Como a su padre. Los huevos constituían el punto de entendimiento y reconciliación entre ellos.

Salió con su bicicleta a la gélida noche y pedaleó por Divinity Road. Al llegar a Cowley Road, esperó a que el tráfico que se dirigía hacia el este disminuyera. Había recorrido ese camino miles de veces, tantas que podría seguir a aquella marea negra de coches con la mente en blanco. Puso rumbo hacia las luces de la fábrica de automóviles y se dirigió al taller de pintura. Tenía cuarenta y cinco años, y cada noche se preguntaba adónde habían ido a parar todos esos años.

Al llegar a la cadena de montaje, el olor a aguarrás se le atragantó. Saludó con la cabeza a hombres con los que antes solía relacionarse y, en la planta de chapistería, abrió su taquilla y sacó una bolsa de herramientas. Las herramientas de Garvy. Todas hechas a mano, diseñadas para arreglar cualquier abolladura. Todo el mundo pensaba que se le daba tan bien que sería capaz de dejar a una barbilla sin su hoyuelo sin que la cara se enterase. Garvy se lo había enseñado todo. El primer día con él, Garvy cogió una lima, golpeó la parte exterior de una puerta que se iba a llevar al desguace y le mandó arreglar la abolladura.

Extiende la mano, dijo. Así. Aprende a sentir la abolladura. Mira con la mano, no con los ojos. Pásala por encima con delicadeza. Siéntela. Acaríciala. Con cuidado. Encuen-

tra el bulto. Y dio un paso hacia atrás, con una expresión rígida y la mirada crítica.

Ellis cogió el taco, lo colocó tras la abolladura y comenzó a dar golpecitos con el mazo. Tenía un talento innato.

¡Presta atención al sonido!, gritó Garvy. Familiarízate con el sonido. Te permitirá saber si has encontrado el punto exacto. Y cuando Ellis acabó, se irguió satisfecho de sí mismo; el metal de la puerta estaba tan liso como si lo hubieran acabado de prensar. Garvy dijo, Parece que ya está arreglado, ¿no? Y Ellis dijo, Claro que sí. Y Garvy cerró los ojos y pasó la mano por encima y dijo, No lo está.

Por aquel entonces solían escuchar música, pero solo después de haberse asegurado de que Ellis estuviera ya familiarizado con el sonido que hacía el metal. A Garvy le gustaba ABBA. Su favorita era la rubia, Agnetha nosequé, pero no se lo contó a nadie más. Con el tiempo, sin embargo, Ellis se dio cuenta de que el hombre se sentía tan solo y anhelaba tanto tener compañía que el proceso de alisar una abolladura era para él como acariciar el cuerpo de una mujer con las manos.

Después, en el comedor, los demás se colocaban detrás de Ellis y ponían morritos, se acariciaban las caderas y los pechos imaginarios y le susurraban, Cierra los ojos, Ellis. ¿Sientes las pequeñas curvas? ¿Las sientes, Ellis?

Era por Garvy, que le había mandado al tapicero a pedir «una de esas con curvas» en lugar de una aguja curva, el muy estúpido. Pero fue solo una vez, que conste. Y cuando se jubiló, Garvy le dijo, Quédate con dos cosas mías, Ellis. Lo primero es que sepas que, si trabajas duro, estarás aquí mucho tiempo. Y lo segundo: mis herramientas.

Ellis se quedó con las herramientas.

Garvy falleció un año después de haberse jubilado. Ese lugar había sido su oxígeno. Todos pensaron que no hacer nada le había acabado asfixiando.

¿Ellis?, dijo Billy.

¿Qué?

He dicho que se ha quedado muy buena noche, y cerró su taquilla.

Ellis cogió la lima y la golpeó contra una placa de metal que iba para el desguace.

Venga, Billy, dijo. Dale fuerte.

Era la una de la madrugada. El comedor estaba abarrotado y olía a patatas fritas, pastel de carne y algo verde y pasado. De la cocina provenía el sonido de una radio, *Wonderwall*, de Oasis, y las mujeres que servían la comida estaban cantando. A Ellis le llegó el turno de pedir. La luz hiriente le molestaba y se frotó los ojos. Janice lo miró preocupada. Ellis dijo, Pastel de carne y patatas, Janice, por favor.

Y ella le contestó, Pastel de carne y patatas para ti. Aquí tienes, cielo. Una buena ración para un buen caballero.

Gracias.

Que pases una buena noche, cielo.

Caminó hasta la mesa del rincón más alejado y retiró una silla.

¿Te importa, Glynn?, dijo.

Glynn levantó la vista. Adelante, le contestó. ¿Todo bien, tío?

Sí, respondió, y comenzó a liarse un cigarrillo. ¿Qué libro es ese?, preguntó.

Harold Robbins. Tengo que tapar la cubierta porque ya sabes cómo es esta gente. Empezarán a hacer comentarios obscenos.

¿Es bueno?

Excelente, dijo Glynn. Nada predecible. Los giros, la violencia. Coches potentes, mujeres potentes. Mira, esa es la foto del autor. Míralo. Mira qué estilo. Ese es mi tipo de hombre.